



León Bautista Alberti (1404-1472), Arquitecto y humanista, cuyas doctrinas estéticas sobre la armonía constituyen—en nueva interpretación—la primera base de los criterios aquí expuestos.

LA ESTÉTICA EN EL PAISAJE. PRESERVACIÓN Y REALCE DE LAS CONDICIONES NATURALES DE LAS COMARCAS

Conferencia pronunciada por el arquitecto Víctor D'Ors con ocasión de la Reunión de Técnicos Urbanistas en el Instituto de Estudios de Administración Local, de Madrid

Al recuerdo de los desvelos que tuvo, tiene y tendrá por el paisaje y el «genius loci» madrileños el Conde de Montarco.

I.—PREAMBULO

Otra vez las gracias al Instituto por poder continuar lo del año último; ampliado a otro campo, más difícil y más extenso. Así está bien. Así es la Tradición y la Cultura para un orsiano. Ni estancarse ni volver a empezar: sino continuar, corregir, perfeccionarse.

Salto por encima de la superstición de que nunca segundas partes fueron buenas y entro de lleno en el tema. En esos vastos—y por lo general divagatoriamente tratados—temas de la estética del paisaje y de las consecuencias que de un criterio estético sobre paisaje pueden extraerse para determinar su preservación y su realce.

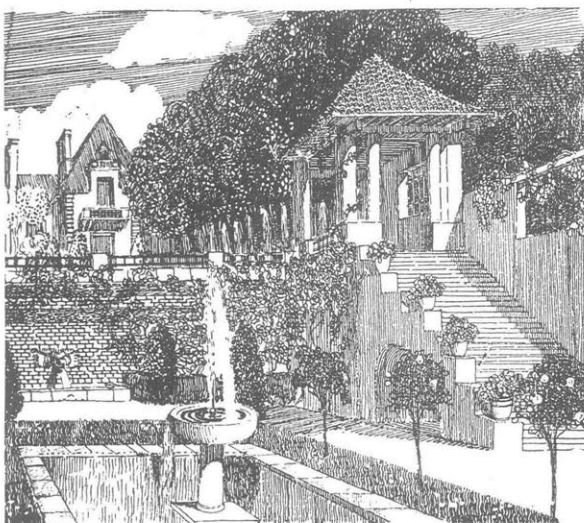
II.—PRECISION DE CONCEPTOS

- 1.º Entendemos por estética, la teoría de la Belleza.
- 2.º Entendemos por paisaje, el aspecto visible de un país.

1.º bis. Para nosotros la belleza consiste en la felicidad de las cosas. Y dando a la felicidad su acepción napoleónica (ampliada), esto es: posibilidad de desarrollo de unas condiciones dependientes de su razón de ser y con un sentido, o sea también con un fin.

2.º bis. Un país es una unidad territorial lo suficientemente grande para no poder ser recorrida en una jornada, y lo bastante pequeña para poder ser dominada desde un lugar, supuesto alto, en su integridad de tierra con lo que contiene y sustenta y con dos elementos complementarios, sin los cuales queda incompleto: el aire principalmente y luego el agua. La alta mar no es país; la estratosfera no es un país. Allí no hay paisaje. El de un país sin nada de agua será siempre un paisaje incompleto.

3.º La belleza de un paisaje resulta de una armonía de orden especial. De los tres elementos que, según León Bautista Alberti (en su pensamiento de raíz platónica), componen la armonía, esto es: el *numerus* (o sea el tamaño, módulo y proporción), la *finitio* (o sea



Dibujo para un jardín. Leforestier.

Las características del estilo y manera de dibujar del gran maestro de la jardinería mediterránea acusan—como casi siempre en los dibujos buenos de jardín y paisaje—la importancia concedida a la distancia y posición de las cosas y a la luz y sombra, elementos esenciales de la «collocatio».

La Virgen y el Niño, con San Juan y San Nicolás.
Rafael. Galería Nacional de Londres.
Esta «Sacra Conversazione» de Rafael es aludida en el texto de la conferencia como modelo de estética «colloquial».



el color, la plástica y la silueta) y la *collocatio* (o sea la distancia, la posición y la sombra y luz), este último elemento es para la belleza del paisaje lo esencial. A diferencia de la belleza de los conjuntos urbanos en que lo principal es lo «finitio», y de la belleza de «un edificio en que domina el «numerus».

III.—«SACRA CONVERSAZIONE»

Esta preponderancia de la «collocatio» (seguida de lo «finitio» y dejando muy atrás al «numerus») determina el que la estética del paisaje sea predominantemente «colloquial». Su mejor símbolo pudiera encontrarse en una de esas «sacra conversazione» a las que tuvieron afición los pintores italianos del Renacimiento. Veamos un ejemplo.

Ante nosotros la famosa «Sacra Conversazione» de Rafael, que guarda la National Gallery de Londres.

San Nicolás, vestido de obispo, con mitra y báculo, lee; quieto. San Juan, al otro lado, lleva encima una espesa piel y una túnica de pastor hebreo. Su pierna derecha se adelanta con lenta marcha; su mirada al alto porvenir. La Virgen, sobre un trono con dosel, está mostrando al Niño unas ilustraciones. Toda la escena se desarrolla ante un arco muy claro, recortado, y detrás pintó Rafael un luminoso paisaje. Aquí no hay verdadera unidad ni en los trajes, ni en el tiempo; ni casi relación argumental entre las cosas. Sin embargo, sumándose a la de composición y a la del colorido, una armonía ideológica, espiritual y sentimental muy sutil se respira; un tranquilo, íntimo, angélico coloquio mudo brotó misteriosamente entre las figuras de esta composición, resonando en la perspectiva de los espacios puros, en que son maestros los pintores de la Umbría.

El sentimiento de estas figuras (o sea su luz y sombra espirituales), su posición (o sea su situación de piadosa adoración y comunión en una idea), su distancia (o sea la expresión del orden y jerarquía espirituales) se encuentran en este marco perfectamente encajados. Se *corresponden*, conversan; en admirable y sacra conversación del espíritu.

Una armonía de este orden: íntima, coloquial, de *conversación*, es la que corresponde esencialmente a los más bellos paisajes; a las cosas humildes, cambiantes y eternas que viven, reposan o se mueven en la campiña; mientras el carro levanta sobre el camino tenue polvo, y los grillos despiertan y el agua murmulla en el fondo de la umbría y puede sonar el último disparo tras los ásperos matorrales.

IV.—CRITERIO Y CONOCIMIENTO: EJEMPLO DEL AZUL

Sobre la base firme de un pensamiento filosófico, ya entonces podremos marchar. Nos encontramos en el empeño de crear una «escuela» española de estética del paisaje, como lo intentamos para la estética urbana y para la arquitectura en general. Esta «teoría» de nuestra escuela concede, pues, primordial atención en el paisaje a todos los elementos de la *collocatio* (distancia, posición, sombra y luz), después a los de la *finitio*: color, plástica y silueta, y, por último, a los de *numerus* (tamaño, módulo y proporción).

No. No entramos ya en las temidas divagaciones. Se trata de cosas precisas de las que es posible extraer consecuencias terminantes, pero elásticas, como debe ser siempre toda normalización inteligente, para satisfacer

a la razón, pero adaptarse a la vida. No es aquí el lugar para más explanaciones de este orden. Pero deseo poner un ejemplo—especialmente elegido—y luego veréis por qué—de cómo del conocimiento de las cosas y del criterio filosófico, y no de la improvisación—a la que tan aficionados somos en España—, pueden extraerse normas seguras en esto de la estética del paisaje, como en todo. ¿No es así, Pérez Mínguez?

Va el ejemplo. (Y me excuso de tener que repetir algunos conceptos sabidos por todos vosotros.) El ejemplo pertenece al orden de relaciones entre la luz y la sombra de la «collocatio» y el color de la «finitio».

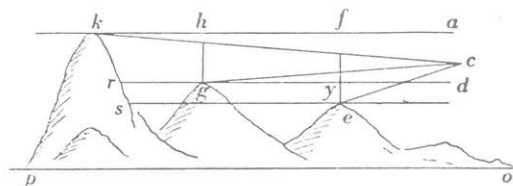
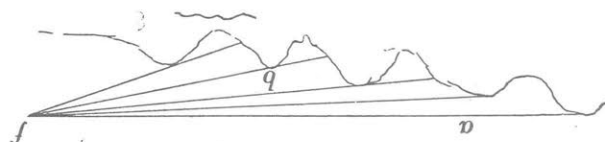
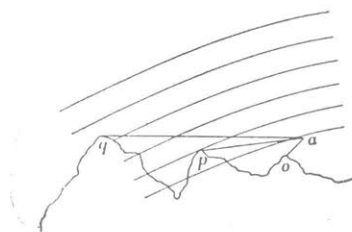
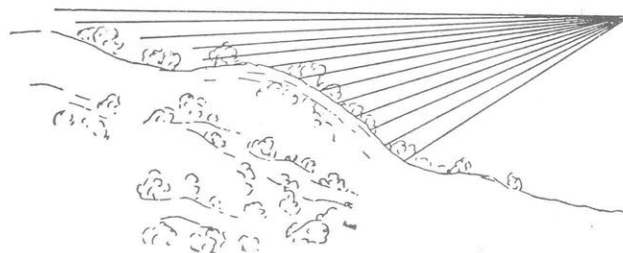
Hay el color de los pigmentos (pintura) y los colores del espectro (luz). Cuando un elemento aparece con un color determinado quiere decir que sus pigmentos absorben todos los colores, excepto el que aparece en su superficie, que es el que percibimos reflejado. Cuanto más colores en ondas absorbe un objeto, más oscuro aparece; cuanto más refleja, más claro. Bien, esto es elemental. Sigamos.

La luz que cada objeto refleja en su parte iluminada y en su parte en sombra (pues ésta también refleja) llega al ojo muy modificada por la mezcla que sufre con la luz reflejada—que llega conjuntamente al ojo—por todas las partículas atmosféricas interpuestas en su línea de visión. Es lo que llamamos su *atmosferización*. Cuando se trata de la parte en luz del objeto la modificación de la luz que aquélla refleja (color que percibimos) es poco importante, sobre todo si el objeto está cerca, porque la reflexión de la parte en luz del objeto es muy superior en cantidad a la de las partículas atmosféricas interpuestas. Por el contrario, cuando se trata de la exigua luz reflejada por la parte en sombra del objeto—y sobre todo si éste se encuentra a mucha distancia—aquel efecto de *atmosferización* es muy importante. Cuanto más en sombra, a mayor distancia y más seca está la atmósfera, más «azulea», porque la intensidad de este azul atmosférico está en relación inversa de la cantidad de agua que el aire tenga en condensación. Cuanto más pequeñas sean las partículas atmosféricas, o sea más atomizada esté la atmósfera, o sea menos agua condensada—más azul. Ello acontece así: porque entre todos los de onda más corta, no dando tiempo a nuestra visión a recorrer tantas otras ondas de otros colores como azules. Ahora bien, cuanto más partículas atmosféricas, más superficie a reflejar y el azul aparece como más intenso.

Teniendo esto en cuenta y el que la estética del campo es la de la «sacra conversazione», en que las cosas no pueden «chillar», sino responderse amablemente unas a las otras, se deduce que el azul es un color que no debe emplearse en atmósferas secas (sino más bien, y por otras razones en las marítimas, y en algunos casos solo), pues en aquéllas, reforzado por la intensa «atmosferización», adquiere una potencia tal, que resulta chillón y estridente en el paisaje.

Lo mismo ocurría para la estética de nuestro Madrid, el año pasado explanada. Y así he querido contestar a algún colega, no excesivamente juicioso, que consideraba completamente caprichosa una propuesta proscripción del azul entre los colores a emplear en el barrio llamado histórico.

Buen criterio y conocimiento de la realidad. Y, si puede ser, un plus de poesía. De ahí saldrían siempre buenas normas. Pero así como la realidad ha variado poco en el campo—digamos, mejor, no mucho—el sentimiento del paisaje y las teorías estéticas han variado mucho a través de la historia.



Dibujos marginales del «Tratado de la Pintura» de Leonardo de Vinci.

El gran genio universal del Renacimiento italiano, fué el primero en estudiar los efectos de reflejo y absorción de luz en la naturaleza, para aplicarlos a la pintura.

V.—CAMBIOS EN EL IDEAL PAISAJISTA

¡Qué distancia desde los simples y ubérrimos olivares de la «Odisea» al jardín de Alejandría, de éste a la Alhambra y el Generalife y entre éstos y las concepciones de Le Nôtre y entre éstas y las selvas de «Pablo y Virginia» y de esas selvas a estos modelos de pequeños «Cottages ornés» de Nash, para ser construídos cerca de Bistre!

Y hubo tantos y distintos ideales todavía a los que respondieron alegres y brillantes, dulces y melancólicos paisajes y jardines. Hoy mismo: ¡cuán lejanos aparecen criterios y creaciones de las primeras escuelas de paisajistas que comenzaron a florecer en Inglaterra y luego en los Estados Unidos!

El arquitecto, atento al entorno natural de sus proyectos, existió desde tan antiguo como el mundo, pero tan sólo respondiendo a ese clima de especial exacerbación panteística del amor a la naturaleza de los anglosajones, pudo ir poco a poco forjándose la especialidad del arquitecto paisajista. No entramos aquí en discusiones profesionalistas: el caso es que un poco de «paisajismo» sí nos iría muy bien a los arquitectos españoles y hubiera hecho imposibles errores colosales, pero ya tan inevitables, que es preferible no hablar de ellos.

Desde los tiempos de la reacción «palladiana» de Kent, en Inglaterra, empieza a valorizarse en alza el paisaje como medio y en torno de la arquitectura, y cuando llegamos al final del XVIII y principios del XIX a Humphry Repton, ya la partida de los «paisajistas» está completamente ganada y casi diríamos que el paisaje se ha convertido en protagonista de la pintura. También los libros—más que las realizaciones—y la influencia de

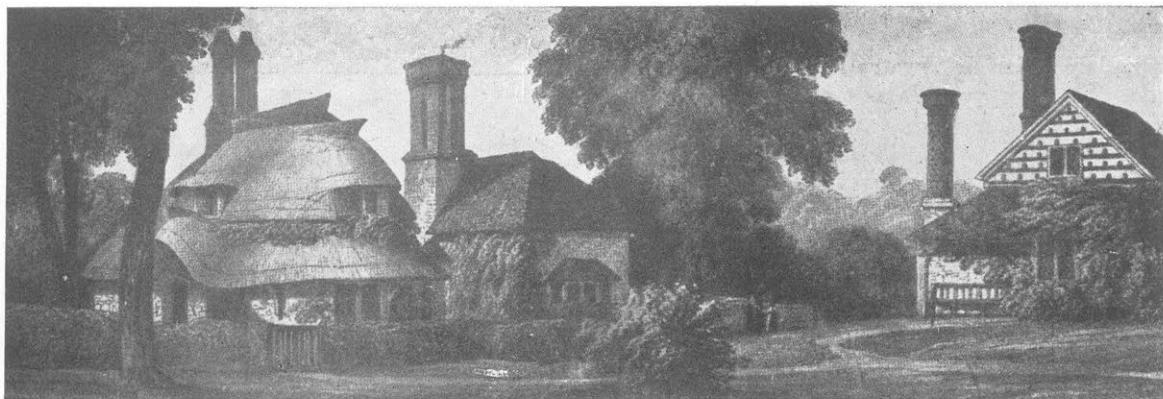
los influenciados y el llovido sobre mojado de Ruskin y William Morris, y todo el sentido del Romanticismo en general, constituyen una inmensa ola que viniendo de la ilusión y de la jardinería—y ganada ya la pintura—avanza en un afán de inmersión en el paisaje.

Pero, una vez entrados en el paisaje otra ola fortísima ha de avanzar, ya conquistado aquél, en recetarle protección y norma. Nos referimos al afán de dominio urbanismo.

El progreso cívico lleva aparejado el planeamiento cívico y el progreso rural, el planeamiento rural. Pero el urbanismo se adelantó en la invasión del campo, que era tanto como una evasión de sí mismo. Y todo su esfuerzo durante lo que llevamos de siglo es una lucha o doma como la que puede realizar un hombre con una mujer: dominarlo sin contrariarlo. Y protegerle de otros urbanismos.

Desde las primeras reglamentaciones, aparecidas en Alemania (la primera ordenación protectora de bellezas naturales es la contenida—si no recuerdo mal— en unas Ordenanzas promulgadas en 1902 en el Gran Ducado de Hesse, a las que siguieron las de Prusia y Sajonia en 1904 y 1906), hasta las amplias previsiones que en este orden contiene la importantísima Ley de Urbanismo inglesa, promulgada en 1947, toda la base teórica de las atenciones a la estética del campo pudiera resumirse muy bien en los siguientes conceptos: «*el campo está bien como está; hay simplemente que protegerle de la invasión de la ciudad, y lo que de ella nos sea forzoso admitir debe adaptarse a su ambiente preexistente*». Ya este vago «adaptarse al ambiente preexistente» es lo más lejos que llegan, en su vaguedad, tales criterios.

El Consejo de Preservación de la Inglaterra rural



Nash.—Proyectos para unos «cottages ornés» cerca de Bistre (Inglaterra). Ejemplo típico de los resultados utópicos, de efectismo sentimental y de gracias un tanto pueriles en que suele desembocar el romanticismo.

mantiene tal criterio, el plan comarcal de Hamburgo que preve hasta la preservación en zonas especiales de los insectos y plantas (aunque también por otras razones) como «intocables», y la gran campaña contra el llamado «desarrollo en cinta» al borde de las comunicaciones, y el espíritu del estupendo plan comarcal de Hull del gran Aberkrombie, en cuanto a cuestiones estéticas se refiere, y el libro de Wohnnetz, y el de Child, y el de Hubbart, y la «defesa delle bellezze naturali d'Italia», y hasta—aunque en menor grado—las cinco normas paisajistas de Vaughan Cornish, todo, tiene el mismo criterio inspirador.

Que no sería de nuestro. ¿Cómo? ¿Nuestra generación intervencionista en todo iba a dejar de serlo en el paisaje?

VI.—EL IDEAL NUESTRO

Nuestro criterio podría más bien resumirse en lo que sigue: *«no hay paisaje que la mano del hombre, bien guiada, no pueda embellecer. En unos pocos casos, la absoluta naturalidad está justificada, como en otros extremos, la transformación total en escenarios artificiosos. Pero todos ellos serán paisajes—muchas veces incompletos—que deben mantenerse como «espectáculos».*

Como en la vida social existen los cines y las óperas. Pero no son paisajes «vivibles». En la mayoría de los casos queremos paisajes visibles, humanizados, en que las cosas que nos ligan entrañablemente a la naturaleza se combinen en la debida proporción con aquéllas que nos ligan entrañablemente a nuestro espíritu.» El camino y el puente, y el estanque y la vivienda, y la huerta, y hasta, en ciertos casos, los cuellos fumantes de las chimeneas. Todo ello hay que procurarlo bello, o sea feliz, o sea en pleno desarrollo de sus posibilidades con un sentido—o dicho de otra manera—que cada comarca sea fiel a su «genius comarcalis» y el lugar a su «genius loci».

Nos encontraremos, pues, con tres principios que deben informar todos nuestros criterios para el tratamiento de este paisaje vivible, humanizado y bello que deseamos.

El primer principio se refiere sobre todo al «campo de aplicación» y a su extensión en cada caso, y se reduce a la necesidad de pensar siempre básicamente en una «unidad colonística», puesto que, según hemos reiterado, machaconamente dicho, lo mismo que no hay arquitectura sin urbanización no hay urbanización sin territorio colonizador.

El segundo principio domina principalmente el «prospecto» o «contenido» de nuestro paisaje, o si queréis de

La cosecha del heno. Cuadro de Brueghel, de la Colección Lobkowitz.—Palacio Raudnitz (Austria). Los paisajes de Brueghel el Viejo, representan admirable ejemplo de paisajes entrañablemente humanizados, donde todos los elementos naturales se conciertan con el ser, el sentir y el vivir del hombre.



nuestras comarcas, y viene representado por la ya el año pasado izada bandera de fidelidad al «ganius loci».

Y el tercer principio: éste es un gallardete nuevo que levantamos ahora al aseverar que en lo que se refiere al «aspecto» del paisaje, a su genuino carácter estético, la estética que le conviene es la de la «sacra conversazione».

Poco a poco iríamos estableciendo sus mandamientos principales, pero no resistimos ninguna tentación si ahora enumeramos unos cuantos:

- 1.º Nada disonante o chillón.
- 2.º Nada inconexo o sin sentido.
- 3.º El menor número de repeticiones.
- 4.º Ningún elemento excesivamente dominante.
- 5.º Que lo meramente utilitario se subordine a lo representativo o espontáneamente significativo.
- 6.º Que lo municionado no se ornamente.
- 7.º Que las cosas no se presenten «en línea» o a la vez.
- 8.º Que no haya ni demasiadas cosas ni demasiado pocas.
- 9.º Que cada una presente su especial luz y sombra y su mejor punto de vista.

En resumen, diríamos que esta «sacra conversazione» requiere, por lo menos, el tono de una conversación entre gentes bien educadas.

VII.—COLONIZACION Y URBANIZACION

Todo nuestro criterio intervencionista en la mayoría del campo se encuentra además de acuerdo con la marcha de la planificación en nuestros días en que en Inglaterra existe ya nada menos que un «Ministro de Planificación». En el mundo actual la comarca va sustituyendo al municipio—como espacio vital de cada día—, así como la nación a la región y a la nación el continente.

Pero el orden de ideas preconizado por nuestro intervencionismo está en cambio en contradicción con la falta de auténtico enlace entre urbanización y colonización que encontramos en muchas cosas que hoy se están haciendo en nuestra patria.

Por nada del mundo quisiera disgustar a mi buen amigo José Tames, que nos ilustró en la primera conferencia sobre la tarea viril—y, para mí, familiar—que

realiza el Instituto de Colonización, ni hubiera deseado traer aquí viejos «pleitos de familia», pero es el caso que no hay más remedio.

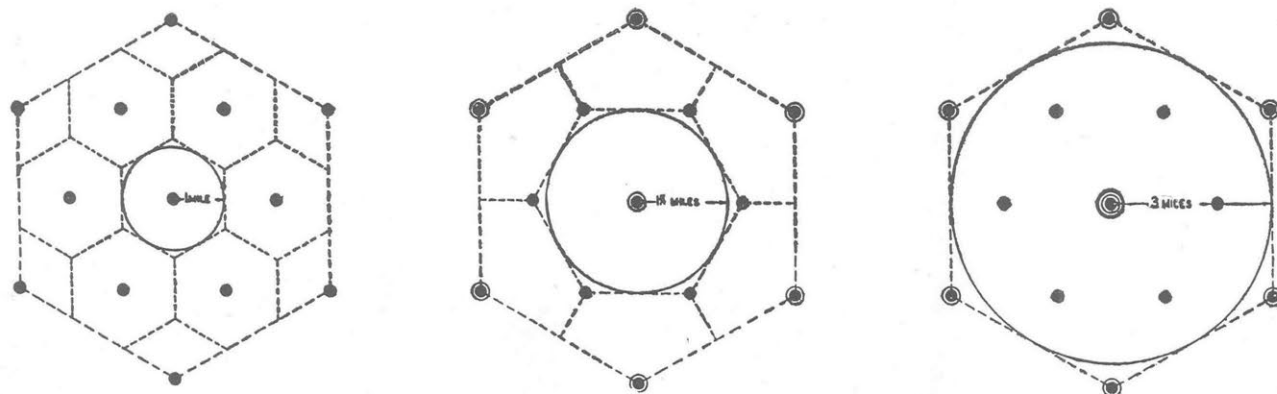
Y digo que no hay más remedio porque acepto el duro deber de señalar que una gran deficiencia para nosotros, arquitectos, subsiste por no haber establecido correctamente la razón de ser, sentido y meta de nuestros proyectos en las zonas complejas que vamos conquistando para la planificación general. Y ello ocurre por causa de la básica incorrespondencia entre la urbanización y la colonización. Porque lo mismo que hoy no concebimos la arquitectura de verdad sin la urbanización, no hay urbanización sin colonización, ni ésta sin un pensamiento político rector; como no existe posibilidad de que éste sea fecundo si no enyuga a una misión relacionada con la que Dios nos destina en esta vida.

Esta falta de bases en nuestra urbanización origina criterios frágiles y eventuales, y yo he visto aquí mismo sostenida la vieja discusión sobre si las casas han de construirse sobre las parcelas o agrupadas cuando tal discusión no debiera ya producirse.

La unidad del espíritu exige—si el demonio no se mete por medio—que lo que es acertado económicamente (no hablo del coste, que es sólo un aspecto de la economía) pueda ser socialmente acertado y estéticamente feliz. Y si dentro encontramos insuperable contradicción es porque *dentro* nuestro criterio es equivocado y encierra lo que yo llamo en la Escuela un «monstruo conceptual». Es decir, yendo a nuestro caso, que ni la casa aislada ni la casa agrupada significan colonística-urbanísticamente nada, como norma general.

Siguiendo a la inversa las exploraciones de Niemeyer, el competente ingeniero agrónomo José García Atance y yo comenzamos, hace algunos años, un estudio—que espero terminaremos algún día—en que tratábamos de descubrir y hacer resaltar los más íntimos enlaces entre el fenómeno colonístico y el urbanístico tal como se producen de modo espontáneo.

Comenzó nuestro estudio por lo que llamábamos «unidades colonísticas simples». Aquéllas en que un tipo de ocupación profesional era casi exclusiva. Resultaba, por ejemplo, que para un grupo humano de cazadores a pie el tipo de organización común natural y lógica es en grupos muy variables, pero de un mínimo de 25 hom-



Esquemas del «Plan del Condado de Chester».

En algunos países extranjeros, desde hace algún tiempo se realizan los estudios de planes comarcales y territoriales en general, a base de los sistemáticos remodelamientos colonísticos que nosotros preconizamos. Inglaterra es un ejemplo. Para el Plan de Chester se adoptaron soluciones para la ordenación y tamaño de los núcleos urbanos, fundamentados en gran parte en las distancias que se pueden recorrer para usar de los diferentes servicios.

Pequeño caserío inglés, que se arrima suavemente al camino y entra en íntima correspondencia con los elementos de la Naturaleza ordenados y pulidos por la mano del hombre.



bres—y generalmente de 100 a 500—y de un máximo de 1.800 habitantes, con viviendas provisionales, y con tendencia a ordenarse concentradas, radialmente, etc.

Pasando sucesivamente de estas agrupaciones más simples a las más complejas resalta, sin discusión alguna—como ya encontraron por otros caminos otros estudiosos del problema—que la escala que va de la casa suelta a las progresivamente más concentradas depende principalmente—y casi exclusivamente—en la colonización de tipo predominante agrícola, del tamaño de las parcelas a cultivar y, por tanto, de la intensidad de cultivo de éstas.

En parcelas de menos de dos hectáreas, o menores, no cabe duda sobre la conveniencia de la casa en la misma parcela, desde el punto de vista económico; pero tampoco sufre con ello la organización social ni, naturalmente, el aspecto estético. Porque, en primer lugar, los servicios sociales se separan, pero pueden llevarse a núcleos suficientemente cercanos. Pero es que, además, estas zonas agrícolas extensas son especialmente de huertas y necesitan un mercado relativamente cercano, y ello atrae, aparte de la industria, las buenas comunicaciones y lleva consigo un nivel de vida alto y puede no pensarse como única solución en el ir a pie. Y aun, además, las distancias de los servicios a estas parcelas hasta dos hectáreas pueden aminorarse creando desarrollos en cinta para los núcleos de partida y radiales desde éstos en la parcelación.

Lo corriente del tipo de colonización congruente con la transformación en regadío de antiguos secanos, es que las explotaciones sean ordinariamente de más de cinco y menos de diez hectáreas. Y entonces la urbanización natural y lógica no es ni el pueblo ni la vivienda aislada, sino precisamente el caserío con más de 10 y menos de 25 casas y con los servicios sociales correspondientes a estas unidades, desarrollados en cinta en conexión con

los núcleos urbanos más importantes y más cercanos, que es lo que nosotros preconizábamos para la colonización en la zona del Guadalete y que sólo en parte ha sido seguido por una incomprensible aversión hacia la unidad urbanística «caserío», como por la unidad «aldeas», cosa que, la verdad, nunca he comprendido.

Pues bien, y prescindiendo de otros puntos de vista—porque nos perdemos en un tema que no es de aquí y que además vendrá a sufrir gran cambio con las explotaciones en común, que, como casi preconizaba Arrue ayer, no habrá más remedio que organizar en España—, el hecho es que donde no existe esta razón de ser colonística, cuando haya pueblos donde debe haber caseríos o viviendas aisladas, tendremos encerrado un «monstruo conceptual» y uno de sus resultados será la fealdad. Aquellas cosas no podrán ser felices. Creo que sus habitantes tampoco.

En este sentido de «razón de ser» conviene que el criterio sea muy firme. Ahora que empieza a realizarse una política colonizadora, que habrá que incrementar y completar con una política de emigración, porque si no tampoco resolverá el problema. Ahora que se ensanchan hasta abarcar las comarcas los antiguos planos de ensanche y extensión, tratando de integrar el campo y la ciudad en unidades superiores; que permitirán que el hombre del campo tradicional y patriota, con sentido familiar e histórico, ligado directamente a la tierra y con voluntad de propiedad y responsabilidad, pero impenetrable a las corrientes del tiempo y ciego ante la solidaridad universal, combine sus cualidades con el hombre de la ciudad, desvelado por la marcha del mundo, con fuerte impulso de acción y de progreso, pero triste ser sin sentido de familia ni de hogar, muchas veces sin propiedad, alguna sin patria y siempre sin verdadero enraizamiento en la Historia.

Si bien puede también ocurrir lo que temía Bernard



El prestigio de un gran árbol, la silueta de una torre en un segundo término elevado de trazado abierto, la curva de un camino que se adapta a la topografía, un fondo de árboles, unas casas humildes y entonadas; he aquí los medios simples y eternos con que puede obtenerse un agradable y claro acceso a un pueblo.

Shaw en la contestación que dió, en época en que todavía podía mover para un poco de «croll» las piernas. Contestaba a la reina inglesa de belleza del año, solicitando ésta su huesuda mano y alegando en su favor los lisonjeros resultados que cabía de tal unión prever. Si la descendencia venía con la inteligencia aguda del dramaturgo y la fresca y laureada belleza propia. El paradójico irlandés rehusaba, porque decía textualmente: «Temo que salgan con mi no muy agraciada facha y con la inteligencia de usted.»

VIII.—URBANIZACION Y ARQUITECTURA

Otra discusión estética alrededor de los pueblos es aquélla de si las casas deben ser iguales o distintas, problema que surge también en las llamadas ciudades jardín, colonias, parques urbanizados, etc.

En primer lugar hay una norma con valor general para la estética que nos dice que las cosas deben ser congruentes con sus necesidades y su fin. Por tanto, si una casa ha de destinarse a una familia y está perfectamente resuelta con una planta, una orientación, etc., estará igualmente bien resuelta para otra familia con las

mismas necesidades. Si esta casa, por otra parte, está metida en una calle sin posibilidades de desarrollo y con una parcelación estrecha, entonces caeremos dentro del caso extremo de tener que aplicar un criterio de estética urbana, o sea que domina la *finitio* sobre la *collatio*. El papel del color, la plástica y la silueta sobre los factores de posición, distancia y sombra y luz. Las buenas soluciones se inclinan entonces a conseguir un predominio de la silueta de la manzana (quedaría atomizada ésta valorando la de la casa) y a buscar una plástica de conjunto (quedaría desvalorizada ésta si la cambiáramos cada pocos metros) y a jugar—si acaso—con algún elemento de diferenciación y con el color. O sea, en principio, cuanto menos importantes y más apretadas sean las casas, menos diferenciación. Hay que tratar de estudiar estéticamente la manzana, y aun la calle entera, como unidad.

Es decir, que, prescindiendo del carácter de su arquitectura, una solución tipo «El Viso» será siempre infinitamente mejor que una solución tipo «Colonia Metropolitana». Lo que no se puede tolerar es ese anárquico feudalismo que convierte tales núcleos urbanizados en una exposición de torretas a cual más alta, muestrario de estilos, cercas y verjas, con sus pocos metreros

libres delante y a los lados, con dos arbolitos canijos, etcétera, etc. Esto es un monstruo conceptual, económico, estético, social, etc., etc.

En el extremo opuesto está la casa grande, aislada, con suficiente espacio vital alrededor, que, es decir, permitiendo su encaje en el paisaje y sin la vecindad de otras edificaciones. En este caso nos encontramos plenamente en la estética del paisaje. Será más importante aquí la *collocatio* que la *finitio*, y la casa tendrá que cuidar sobre todo su posición en la plástica del contorno, su distancia desde los diferentes puntos de vista principales y su orientación respecto de la luz del sol. Aquí vale también la norma estética del paisaje del menor número de repeticiones. Las casas deberán, evidentemente, ser bien distintas y toda repetición repugnará a la vista.

Un caso particular es el de las viviendas ampliables. Pero aquí hay el peligro de encerrar también un monstruo conceptual. La ampliación razonable de una vivienda sólo es posible en la vivienda aislada y con «espacio vital» suficiente. Además, tales ampliaciones deben a su vez responder a razones auténticas y no rebasar ciertos límites, excepto en los casos en que se haya previsto la ampliación correspondiente de todos los elementos. Cualquier olvido de tales normas engendra un monstruo conceptual y sale una fealdad.

Cuando se fabrica un pueblo nuevo entero es difícil que quede bien. Sin embargo, conviene ordenar todo sin capricho (tengo a gala el no haber mencionado una sola vez la palabra «tipismo») y no hacer nunca lo que se hace hoy a veces en nuestra patria. Como es el figurarse que como ideal los pueblos que conocemos, en su mayor parte, y aun los graciosos como un chiste, llenos de fetos «estéticos», que sólo el tiempo, la luz de la cal o la nobleza de las piedras la ternura de los líquenes llegan a hacernos olvidar. Hay que hacer todo lo contrario de esas frivolidades escenográficas de poner una fachada de frente y otra igual de costado, una con dos balcones y otra con dos ventanas en los extremos, porche y reja y dos aleritos curvos, etc., etc. El hacer esto no es solamente frívolo, es inmoral.

En cuanto a esta estética, pensad nada más que en un desfile militar. Bien el destacado capitán y los tenientes individualidades ante sus unidades, bien los flanqueantes sargentos y cabos. Pero los soldados: ¡imaginaros lo que sería! Unos bajos y otros altos, unos con el fusil a la izquierda y gorra azul, otros con roja y el fusil a la derecha o a la funerala. No, cuando las cosas apretadas, sin espacio vital, tienen una igualdad de condiciones, deben uniformarse totalmente. La variedad reglamentada y arbitraria que no nace de la auténtica necesidad es un monstruo conceptual.

Muchas cosas habría que decir de las calles de carros y de las de peatones—que mejor fueran sendas o paseos o «squares», etc.—; de la silueta de los pueblos y de sus alrededores, de las tiendas sometidas al castigo frecuente de ser obligadas a estar a oscuras o a gastar mucho en luz, a causa de los soportales; del arbolado de las calles de los pueblos, tratado igual que el de las poblaciones, etc., etc., de tanto y de tanto monstruo conceptual como se admite.

IX.—EL CAMPO Y LAS COMUNICACIONES

Pero tenemos que visitar o, por lo menos, pasar la mente por otros temas, so pena de terminar dejando nuestra conferencia manca, tuerta y coja.

Vamos a revisar, pues, de prisa, esos elementos de tipo predominantemente utilitario que manchan, maltratan, asustan, amputan y aun son a veces sangrantes heridas en el paisaje. Y en favor de la brevedad me autorizaréis a que en su rápida revista vaya señalando seguidos —y sin discutir razones—males y remedios.

Caminos.—Sólo en las comunicaciones importantes puede prescindirse de la adaptación al terreno, que es como un camino puede quedar siempre bello. Y entonces precisa, lo mismo que separación de sentidos, zona de transición lateral que haga de intermediaria, bien estudiada, entre la carretera y el paisaje. Construcción marginal, salvo excepciones, a mayor distancia de ocho a veces el ancho de la carretera.

Cercas.—Nunca verjas, excepto en país de hierro, ni cercas altas de fábrica, excepto en algún caso muy especial. Si puede ser, cerramientos verdes. Tanto aquí, como en muros de contención, la menor cantidad de fábricas; nunca relamienda mampostería, esto es, «a la malicia».

Perfil.—En carreteras o paseos a media ladera o en cornisa, no cortar la ladera con el perfil de la carretera. Preparar una moldura térrea sostenida por bordillo y vegetación.

Perfil.—Procurar una red de paseos y sendas exclusivamente para peatones a través del campo. La proyectada para Hull, en su plano comarcal, es increíblemente desarrollada.

Los pueblos.—El que la carretera atravesase los pueblos proyectados por medio es un error, de origen propagandístico, en que se ha incurrido. La propaganda es una de los grandes males del mundo moderno. Suele pisotear el bien, la belleza y la verdad.

Anuncios.—No permitir que los anuncios se nos impongan en el paisaje. Como diría «La Codorniz»: «¡Fuera esos «Ulloa, óptico» en almazarrón, defecándose en las rocas virginales e insultando a los paseantes!» Los anuncios, sólo admitidos a la entrada de los pueblos, en carteleras bien estudiadas y entonadas y visibles, esto sí, y en relación con el contenido de dichos pueblos o sus intereses directos.

Arboles.—Hay que arbolar bien las carreteras. A veces convendrá interrumpirlas por balcones. Arboles de porte. Y en casi toda España convienen buenos túneles en verano. ¿Por qué siempre una sola fila, cuando la hay? ¿Por qué nunca frutales como ya 759 años a. de J. obligó a plantar el emperador Kōben en muchos caminos del imperio japonés, con árboles especiales como cuenta-distancias?

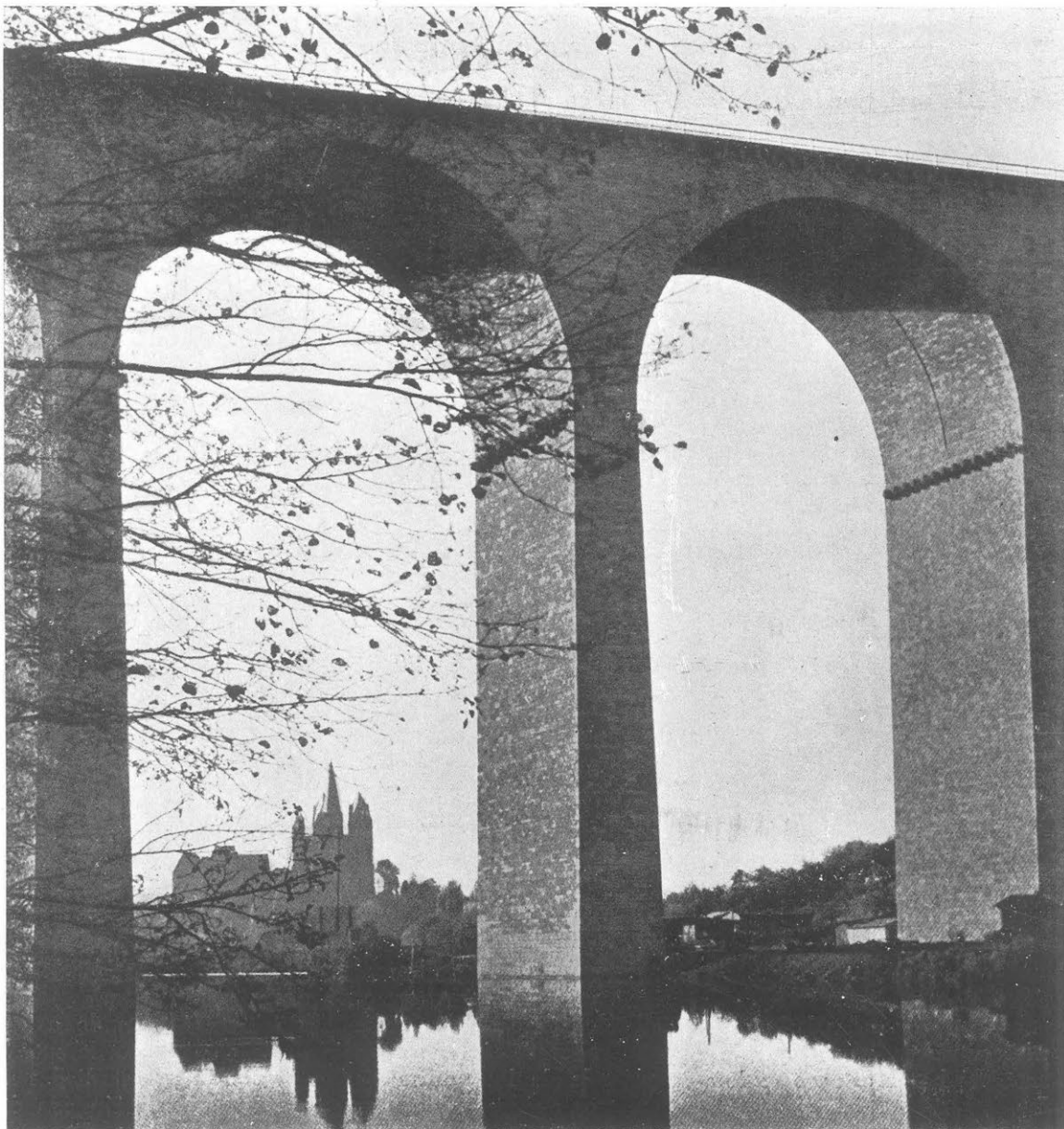
Más sobre caminos.—¡Haced que los caminos se destaquen en el paisaje! El espíritu se complace en ello.

Firmes.—Estudiar bien los firmes; es un problema difícil, pero nuestros ingenieros saben ya muchas cosas sobre ello. No pueden ser igual en Galicia que en Levante. Los más acertados, técnicamente, serán con seguridad los más bellos.

Accesos.—Cuidado a los accesos privados y públicos. Que no penetren brutalmente en la carretera. Es igualmente malo para la circulación y para la estética.

Rótulos.—Tipificar rótulos necesarios, por comarcas, cuanta-kilómetros, etc. Bien visibles, pero humildes, nunca escandalosos. Entonados, nunca confundidos.

Postes y cables.—Todo esto bien humilde técnicamente bien resuelto y si puede ser subterráneo. El exhibirlo como si el hombre lo hiciera con sus nervios, o sus venas, o sus intestinos.



Este puente representa un caso feliz y en nuestro país raro, en que el sentido artístico modela un elemento utilitario, creando un elemento que entona con el entorno, valorizándolo debidamente.

El ferrocarril.—Aquí también técnica perfecta y humilde. No escandalizar demasiado considerándose el portador del progreso. Las obras de consolidación, desmontes, trincheras, etc., con poca fábrica, sólo donde sea imprescindible. Taludes verdes con plantación como tránsito. Camuflamiento donde la inevitable injuria sea demasiado brutal. Todo ello reza también con los túneles, en que hay que evitar el plano vertical a secas, tajando el monte. No decorar su forma funcional ni ornamentarlos nunca. Si técnicamente son perfectos, deben quedar estéticamente bien. Las casetas suelen ser horrendas.

Puentes.—En toda obra ingenieril, y sobre todo en los puentes, fuera muy útil la colaboración de los arquitectos. ¿Por qué siguen éstos compartimentos estancos profesionales? Poquísimos puentes tienen en cuenta el terreno donde salen y acometen; en su plástica casi ninguno tiene en cuenta el paisaje en torno. Muchísimos, incluso, son técnicamente desgraciados.

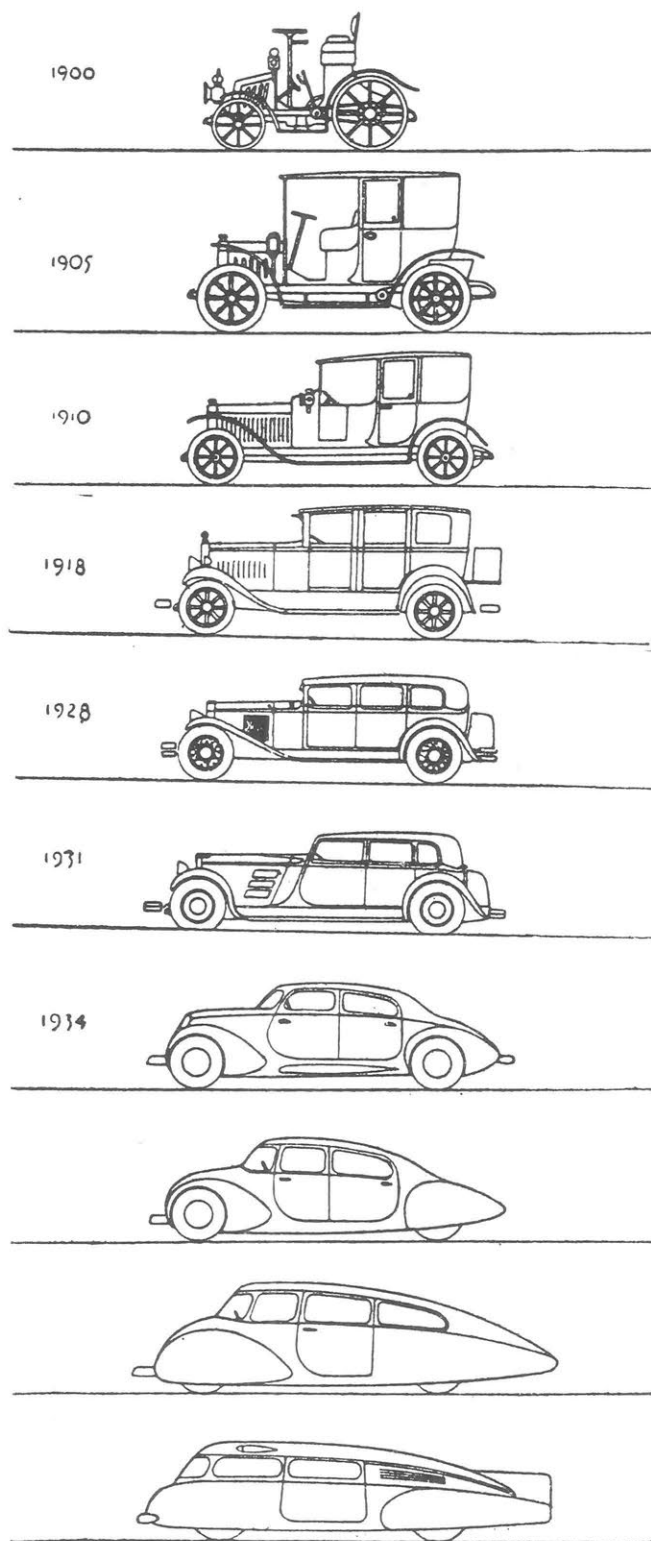
Parques y bosques.—Hay que plantar muchos árboles, conservar y mejorar los que hay. Una red nacional sería de desear pensando en el esparcimiento, en la

salud, en el recreo, en el deporte y en el espectáculo, como se ha hecho en otras naciones.

Basuras y desperdicios.—En los alrededores de las ciudades marcar los sitios y ocultarlos lo más posible. En los lugares de esparcimiento muy frecuentados, cestos y vigilancia de guardas, con hermosas multas en su beneficio.

El automóvil.—En relación con el tipo de carretera y sus tramos, velocidad tope fijada. Tipos de claxon o bocinas estridentes o poco sonoros, prohibidos. Pueden ser muy sonoros y gratos. ¿Destroza el automóvil la armonía del paisaje? Según. Cuando de un pimpante «chaiga», bien charolado y múltiplemente cromado, detenido a pleno sol en «un lomo de asno» de la carretera, salen juerguistas señoritos medio borrachos, en sus trajes de noche, pegando berridos, evidentemente sí. Cuando un tipo de coche como el elegante último modelo «Rolls», amarillo muy pálido—que puede verse hoy mismo aparcado en la puerta del Ritz esperando a sus afortunados poseedores—se desliza bajo los frondosos árboles o se estaciona en ensanchamientos previstos, mientras sus ocupantes vestidos para el campo, exploran

LA EVOLUCION DEL AUTOMOVIL



La evolución del coche en su línea aerodinámica, más acoplada al paisaje. Este dibujo se publicó en el otoño de 1936 en «Industrial Arts», y, como se ve, las previsiones del proyectista no se separan mucho de los últimos modelos norteamericanos.

los alrededores, evidentemente no. Puede entrar —aunque súbdito extranjero hasta ahora— en la «sacra conversazione».

Las estaciones de servicio.—Debieran ser mejor clasificadas y más frecuentes. Constituyen un problema estético; conviene pensar en una media normalización estética de su forma y también de sus emplazamientos, con árboles y entonando con el lugar. Y, sobre todo, evitar en los depósitos este aire de sucias latas.

X.—MEDIDAS PRACTICAS

¿Y ahora qué? ¿Qué hacer con la teoría, con toda esta crítica y con nuestra normalización larvada? Las dificultades son demasiado grandes para poder pensar en una acción rápida y eficaz. Pero impenitente «entusiasta, aunque pesimista»—como, según dijo un día Mussolini, somos los hombres de nuestra generación, a diferencia de la anterior en que la gente era «optimista, pero escéptica»—, deseo, este año también, proponer alguna acción. Medidas unas de eficacia a largo plazo, pero también de largo alcance: artillería pesada; otras, de artillería ligera.

Comencemos por los cohetes dirigidos. Convendría emprender una gestión cerca del Ministerio de Educación Nacional para que señalara a los maestros de todo orden el deber de inculcar en los niños el respeto a la civilidad y a la naturaleza, el amor a los paisajes de nuestra patria y nuestro arte. En tal terreno la educación media de los españoles es lamentable.

Otra cosa: sería de interés el que en las Escuelas de Arquitectura se trataran algunos temas desde el punto de vista de «arquitectura paisajista», apoyando esta práctica con enseñanzas teóricas. En relación con un seminario de estética o de urbanismo, o en el mismo Seminario de Urbanismo de aquí, del Instituto, pudiera irse poco a poco preparando una normalización de orden predominantemente estética para el paisaje.

«Desarrollos de núcleos en línea», «Plazas Mayores», «Collados», «Barrancos», «Alamedas», etc., he aquí unos cuantos conceptos urbanísticos-paisajísticos por los que el mundo nos conoce y que debieran servir de primera base para nuestra escuela.

Otra cuestión: convendría que fuéramos preparando el terreno para una más íntima colaboración entre nuestras técnicas de la construcción. Los ingenieros nos hacen mucha falta y los arquitectos somos necesarios en muchas obras de ingeniería. El Ministerio de Obras Públicas debe ser reformado cuanto antes y enlazado de alguna manera con la planificación, colonización y urbanización de España. También me parecería útil que por nuestra Dirección se pidiera a los arquitectos municipales y provinciales que prepararan relaciones de zonas paisajistas de alto interés estético en su demarcación.

Una medida que yo solicitaría con urgencia y que pudiera surtir rápido efecto sería el colocar las grandes vías turísticas y los paisajes, bosques o lugares excepcionales por su naturaleza bajo protección—en cuanto a la estética se refiere—del Patronato Nacional de Turismo y que éste se encargara de llevar a efecto su protección y cuidado en relación con el sistema de paradores, etc. Y en algunos casos aun su explotación en plan de concesión administrativa. No sé si hay algo en marcha en este sentido, pero, independientemente del «campo humanizado» que propugnamos en nuestro intervencionismo, hace falta, como indicamos antes, el



Murallas de Avila. El perímetro amurallado de Avila, rodeado de rocas y de campos casi todo el año amarillos, constituye, sin duda, uno de los más importantes escenarios españoles.

proteger, como intocables o «teatralizar», unos cuantos excepcionales escenarios de Naturaleza que tenemos en nuestra patria con variedad increíble. Tales maravillosos escenarios son los que yo colocaría especialmente bajo la protección del Patronato Nacional del Turismo.

XI.—FIN

Y basta. Porque esta conferencia se vuelve interminable. Entre todas las urgencias estéticas de nuestro

campo y como necesidad también económica y social tenemos que dejar bien clavada en la memoria ésta: ARBOLES. Niños y grandes, Frentes de Juventudes y soldados, todos debiéramos estar preparando viveros y plantando árboles.

Uno de los más antiguos urbanistas—su amigo—decía que si bien los árboles solos no constituyen el paraíso, también es verdad que sin ellos no es posible imaginarlo. ¡Ah! Se me olvidaba: y hay que salvar las márgenes verdes de nuestro Manzanares.